

26 de mayo de 2021 - Miércoles de la 8ª semana impar

Si 36,1.4-5a.10-17; Mc 10,46-52

Homilía

Hubo un tiempo en el que las funciones públicas en la sociedad se consideraban servicios que algunas personas estaban llamadas a prestar a la comunidad, a menudo a su costa. Las cosas son muy diferentes hoy en día. Los candidatos suelen gastar enormes cantidades de dinero para convencer a la gente de que los elija para el cargo.

Sin embargo, parece que la naturaleza humana no ha cambiado mucho desde los tiempos de Jesús. Varias veces en el Evangelio, incluso después de los tres anuncios de la pasión de Jesús, los discípulos discuten entre sí sobre quién de ellos tendrá el puesto más importante en su reino. Esperaban que Jesús restaurara el reino de David en la tierra.

En el Evangelio de hoy, su comprensión parece ser ahora que Dios confiará el juicio y la condena de los gentiles no a un Mesías nacionalista, sino al Hijo del Hombre predicho por Daniel, y que estará rodeado de otros jueces también sentados en tronos. Cuando el Hijo del Hombre es entregado a los gentiles, éstos quieren ser asociados a la venganza divina. De nuevo Jesús intenta, con gran paciencia, hacerles comprender que el único camino hacia esos tronos que anhelan es el sufrimiento y el servicio. Él mismo no vino a reinar sino a servir. Una vez más se manifiesta como el que cumple la profecía del siervo de Jahvé.

En los últimos capítulos de lo que llamamos el Libro de Isaías, hay cuatro cantos de otro profeta, cuyo nombre no se conoce y al que se suele llamar el "Segundo Isaías". Estos cantos se denominan "Cantos del Siervo Doliente", y fueron escritos en una época en la que el pueblo de Israel estaba sometido a la devastación, el hambre, la angustia, la persecución y el exilio. Les resultaba imposible dar sentido a todo aquello. El mensaje del Segundo Isaías es una profecía empapada de lágrimas humanas, mezclada con una alegría que cura todas las heridas, elimina todas las cicatrices y permite a todas las generaciones futuras comprender el futuro a pesar de lo absurdo del presente. Nunca hubo palabras más capaces de traer consuelo en una situación de sufrimiento y lágrimas.

Israel estaba en el exilio y sus hijos eran "como un

antílope en una red". Los verdugos habían dicho a Israel: "Inclínate para que pasemos por encima de ti", y él había "puesto su espalda como el suelo y como una calzada para que pasaran por encima". Los exiliados vivían en constante temor "por la furia de sus opresores". Fue entonces cuando apareció la figura del "sanador sufriente", aquel que elige recorrer este camino de sufrimiento. Como un cordero llevado al matadero, o una oveja ante los esquiladores, permaneció en silencio y no abrió la boca.

A esta figura del siervo sufriente se refiere Jesús cuando dice a sus discípulos (al final del Evangelio de hoy): "El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir, a dar su vida por la redención de muchos". Es en este contexto que debemos interpretar la invitación al servicio mutuo. De hecho, San Juan, en su descripción de la Última Cena, ha sustituido el lavatorio de los pies por el relato de la institución de la Eucaristía que encontramos en los otros Evangelios, de modo que no queda ninguna ambigüedad sobre este ideal de servicio.

Al continuar ahora esta celebración en memoria del Siervo de Jahvé, preguntémonos cómo podemos ser más fieles a esta invitación en lo concreto de cada día.